

JAVIER SANÍN, SJ*

LAS FRONTERAS: PRUEBA DE FUEGO PARA LA CIUDADANÍA

LA SITUACIÓN DE LAS FRONTERAS NACIONALES COLOMBIANAS

Las fronteras colombianas terrestres se extienden a lo largo de 6.342 km (Panamá, Perú, Venezuela, Ecuador y Brasil)¹ sin contar las fronteras marinas, que suman 540.876 km² en el Atlántico y 339.500 en el Pacífico (Panamá, Costa Rica, Ecuador, Haití, Honduras, Jamaica, Nicaragua, República Dominicana, Venezuela e Islas Caimán). Para un país inmerso en una guerra interna desde hace cuatro décadas, el cuidado físico de ellas constituye un enorme reto, especialmente por la tendencia en los últimos años a la extensión del conflicto hacia los países vecinos. Aún más complicado resulta lograr la presencia de las múltiples agencias estatales en los territorios fronterizos, de por sí abandonados

* Licenciado en Filosofía y Teología y Magíster en Estudios Políticos por la Pontificia Universidad Javeriana. DEA en Estudios Políticos del Instituto de Estudios Políticos de París. Director de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Tecnológica de Bolívar, Cartagena, Colombia.

1 Según <www.imagine.com.co/fotos/colombia.htm>: 2.219 km Venezuela, 1.645 Brasil, 1.626 Perú, 586 Ecuador y 266 Panamá. La costa del Caribe se extiende a lo largo de 1.600 km y la del Pacífico de 1.300.

ancestralmente y muchos de ellos situados en áreas selváticas, de reciente colonización y sujetos a las medidas tomadas en las capitales de los países implicados.

Doce departamentos colombianos tienen parte en la demarcación fronteriza terrestre entre Colombia y sus vecinos, lo que constituye la tercera parte de la división territorial actual, cubriendo los departamentos de Guajira, César, norte de Santander, Arauca, Vichada, Guainía, Vaupés, Amazonas, Putumayo, Nariño, Chocó y Boyacá. En el área marítima, los departamentos de San Andrés, Providencia y Santa Catalina se relacionan con múltiples fronteras. En estos departamentos, de 5,7 millones de habitantes, en promedio la mitad eran residentes permanentes en 67 municipios fronterizos y 11 corregimientos en el año 2001 (Sánchez Segura y Cancino Cadena, 2004: 92).

Ni en la Constitución, ni en los múltiples proyectos de ley sobre el territorio que se han presentado desde 1991 para implementarla, se procura favorecer las zonas de frontera de manera que se promueva un desarrollo comparable a cualquier otro departamento del país.

Los departamentos que comparten líneas fronterizas tienen un 23% menos de ingreso per cápita respecto al promedio nacional. En términos del índice de desarrollo humano, mientras el nacional es de 0,77, en las fronteras sólo llega al 0,72. El índice de pobreza humana, además, corresponde al 14,74%, mientras el nacional es de 10,6 (Sánchez Segura y Cancino Cadena, 2004)².

En estas regiones se concentran todos los escollos que han sido identificados en la agenda internacional: medio ambiente, guerra, droga, género, demografía, etc. Más aún, por diferentes factores, como el subdesarrollo reinante en estas partes del territorio, las facilidades para introducir inductores y exportar los productos ilegales o las diferencias en el tratamiento del narcotráfico por los distintos estados, las zonas fronterizas se han convertido en los mayores sitios de concentración de cultivos ilícitos y presencia de movimientos subversivos, paramilitares y delincuenciales ligados al narcotráfico.

Resulta especialmente notoria la concentración de las zonas de cultivos, procesamiento y exportación en La Gabarra, Perijá, Guajira, Llorente, Putumayo y Chocó. En todas las zonas de frontera existe una enorme debilidad institucional, corrupción rampante y autoridades dependientes de múltiples factores del conflicto interno.

A nivel general del país, se presenta una descoordinación o desfase entre la política de seguridad y la de desarrollo nacional, regional

² El citado artículo posee una excelente recopilación de datos socioeconómicos y políticos de las zonas fronterizas colombianas.

y local, de tal manera que la población percibe al Estado como un elemento militar pero no como factor de desarrollo y bienestar. Tanto en el nivel nacional como en las zonas fronterizas, resulta cada día más visible el choque con las políticas de los vecinos y Estados Unidos respecto de cada país y la Región Andina, en temas como la lucha contra el narcotráfico, la fumigación de cultivos de uso ilícito, la destrucción medioambiental, el contrabando de armas e inductores y la profusión de la delincuencia común. Mientras tanto, la política europea ha venido decreciendo en conjunto en lo relacionado tanto con el país como con la región; y aunque permanece como el mayor inversionista y primer socio en cooperación internacional, pocas de sus acciones en estos rubros alcanzan las profundidades de los territorios fronterizos³.

Para complicar la situación fronteriza, se suma el impacto de las políticas impuestas en las capitales nacionales sobre las fronteras y de las decisiones de gobernantes, empresarios y compañías nacionales o multinacionales en ambos lados de estas. No es un dato para descartar el hecho de que en las fronteras se encuentre parte importante de los pozos petroleros; paralelos a las líneas fronterizas, corren los principales oleoductos para la exportación del crudo. En el futuro, con los proyectos de integración de infraestructura andina, el Plan Puebla-Panamá y los desarrollos de la intercomunicación fluvial y marina, las regiones fronterizas recibirán un impacto positivo o negativo, dependiendo del manejo de las inversiones y decisiones de seguridad de las compañías y los gobernantes⁴.

Las zonas de frontera se caracterizan por la debilidad de los factores fundamentales de la democracia participativa y el Estado social de derecho. En ellas, tal vez con más intensidad que en el resto del país, no existe la hegemonía de las armas, del tributo, de la justicia y la moneda que perfilan al Estado-nación. Es palmaria la incapacidad de las autoridades nacionales y locales para imponer las políticas nacionales ante las de los vecinos. Además, por avatares de la legislación electoral, cuentan con una pésima representación: no resulta posible en términos prácticos elegir siquiera un senador en los antiguos *territorios nacionales*, y la bancada en la Cámara no sólo depende de aleatorias condiciones políticas para su elección, sino que no alcanza a pesar lo suficiente como para favorecer legislativamente a sus regiones de origen.

Últimamente, en las regiones fronterizas se presenta una concentración de operaciones militares contra droga, narcotráfico, paramilita-

3 Para todo lo relacionado con la política exterior de Colombia y la Unión Europea, resultan especialmente útiles los *policy papers* del proyecto FESCOL sobre inserción internacional de Colombia, que pueden consultarse en <www.colombiainternacional.org.co>.

4 Para todo lo relacionado con la infraestructura andina en el proyecto IIRSA-CAF, ver <www.caf.com/view/index.asp?ms=11>. Para el Plan Puebla-Panamá, <<http://ppp.sre.gob.mx>>.

rismo y subversión. La teoría estratégica del *yunque y el martillo*, donde el ejército de Colombia hace de yunque, empujando a los alzados en armas hacia las fronteras para que sean recibidos por el martillo de los países vecinos, no parece estar funcionando, pese al hermetismo de las operaciones del Plan Patriota.

A nivel mundial, se percibe un choque entre construcción del Estado-nación y construcción de la globalización. En estados que no alcanzaron a cristalizar el Estado nacional y permanecen en la “primera modernidad”, como los de la Región Andina, se traslapan las corrientes de la globalización o “segunda modernidad”, en el lenguaje de Ulrich Beck o Zygmunt Bauman. El ensayo del gobierno de Uribe es de refundación del Estado-nación y no de inserción en la globalización; se mueve hacia la consecución de los objetivos del Estado-nación y choca con los de la globalización.

El ideal modernizador del Estado-nación es la prelación del liberalismo en economía, de la democracia en política y de la modernidad en la cultura; y para ello se necesita que el Estado tenga la hegemonía de las armas, del tributo, de la justicia, de la laicidad y la cultura. En medio de este cruce de tendencias, los ciudadanos no saben si deben serlo de un solo país construyéndose como Estado-nación, de un conjunto de estados transfronterizos –en proceso de integración– o como parte de los flujos globalizadores.

Las fronteras se han convertido en los nudos gordianos del contrabando de armas: un kilo de pasta basta para la compra de un AK-47. Según la Rand Corporation, por el Golfo de Venezuela se han identificado 21 rutas de contrabando de armas; por Ecuador, 26; por Panamá, 37; y por Brasil, 14 (<www.rand.org/publications/pubs_search.html>).

El estatus de refugiado es muy difícil de obtener para las personas que cruzan las fronteras. Se sabe que los migrantes son más que los refugiados documentados, pero tampoco existen cifras precisas sobre ellos. Sólo la enorme complicación que representa la exigencia del pasado judicial para los colombianos que pretenden establecerse en Ecuador está bloqueando la legalización en ese país, por la dificultad de obtenerlo en Colombia, y la visa para ingresar a Venezuela sigue siendo inalcanzable para la mayoría de los emigrantes.

El ataque depredador a las riquezas se concentra también en las fronteras, no sólo por la catástrofe ecológica producida por los cultivos de uso ilícitos, sino por los derrames de petróleo: desde 2000, ha habido 700 atentados dinamiteros a los oleoductos (183 de los cuales fueron contra el Transandino, entre 2003 y 2004).

La subversión y la delincuencia tienen sentados sus reales en las zonas fronterizas. Arauca, por ejemplo, fue el departamento con más altas tasas de homicidio, masacres y ataques terroristas en 2003, sin

contar con el robo descarado de los dineros percibidos por regalías, las comisiones fraudulentas y la corrupción política rampante.

EL CONTEXTO INTERNACIONAL

Mientras el mundo avanza en la dirección de la globalización, Colombia navega en la incertidumbre. Por una parte, el proyecto gubernamental se mueve en la concepción del Estado-nación y su fortalecimiento y, por otra, pretende insertarse en la globalización con medidas macroeconómicas, el fomento de la competitividad y la negociación en diferentes escenarios.

En los países desarrollados, el desmonte paulatino del Estado-nación ha ido acompañado de la multilateralidad e inserción en el mercado global, a través de pactos regionales que favorecieran una integración escalonada más amplia. Ha sido el camino de la Unión Europea (UE) y la ASEAN. La ruta norteamericana se ha inclinado por la construcción de un imperio, el unilateralismo, la doctrina de seguridad preventiva y los tratados bilaterales –o de conjuntos de países– de libre comercio, exclusivamente. Colombia navega entre ambas aguas. Continúa con la Comunidad Andina de Naciones (CAN), pese a su debilitamiento actual; se inscribe en los pactos CAN-MERCOSUR; hace parte del naciente Grupo Sudamericano; está en la negociación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA); y avanza en un tratado de libre comercio con EE.UU., acompañado de Ecuador y Perú. Sin embargo, no realiza muchos esfuerzos en la integración andina, cuyo funcionamiento eficaz exige la UE para proponer un acuerdo de asociación, por lo que la negociación de este instrumento continúa en vilo para la Región Andina.

Pareciera que en el futuro próximo, el país continuará por la senda del alineamiento con EE.UU., tanto por la conveniencia de su seguridad nacional como por las posibilidades de aumentar su comercio con Norteamérica y constituirse en su aliado privilegiado en la región. Ello no significaría un desmonte del Estado-nación sino su fortalecimiento, no el multilateralismo sino el unilateralismo, y no un énfasis en la globalización sino en el mercado regional y la entrada a EE.UU.

El pragmatismo de la política exterior colombiana contrasta con la propuesta europea de Guadalajara, que se basó en un modelo de sociedad fundado en la equidad y la economía social de mercado y que pone unas condiciones políticas difíciles para Colombia. En este sentido, la política europea es una política idealista; el realismo ofrecido por EE.UU., en tanto, no implica cambios políticos fuertes, sino únicamente tratados comerciales mientras las políticas de seguridad y antidrogas continúan por canales diferentes. Naturalmente, el realismo norteamericano exige un alineamiento a la economía neoliberal, tal como fue concebida en el Consenso de Washington, y un tratado de

libre comercio que incluya el ATPDEA y asegure otras adquisiciones a EE.UU. en propiedad intelectual, contratación oficial, seguridad a las inversiones y biotecnología.

A mediano plazo, el enfoque de la seguridad seguirá primando en las relaciones internacionales de Colombia tanto con EE.UU. como con sus vecinos. El principal obstáculo reside en la incapacidad colombiana de pactar asuntos de seguridad colectiva regional independientemente de EE.UU. que actúan al respecto dentro del marco de la Iniciativa Andina, lo que impide una fluida relación con Venezuela, Ecuador y Perú, pero la favorece con Panamá y la hace dependiente del poderío y la concepción militar brasileña en la Amazonía. También en la seguridad, como en el comercio y la integración, Colombia se mueve en diversos círculos que no alcanzan a coincidir ni a definir una política sólida y coherente de posicionamiento en el mundo.

La centralidad de la seguridad en la política exterior colombiana siembra la desconfianza en los países vecinos, que no apoyan claramente la política de seguridad democrática del presidente Uribe por miedo a la reacción de la subversión y el narcotráfico, la dependencia de EE.UU., los conflictos fronterizos o la defensa de otras concepciones de la seguridad. La CAN se encuentra en crisis debido al esquema de sustitución de importaciones y globalización, y la seguridad está erosionando las relaciones con los vecinos por el cambio del concepto en el país del Norte y la resistencia regional a inscribirse en la percepción estadounidense del terrorismo y la guerra preventiva seguida a pie juntillas por el gobierno colombiano.

Las características de la política exterior determinan las acciones en las fronteras. Si lo que prima es una concepción integracionista al estilo europeo, la multilateralidad y la inserción en el mercado global, las fronteras serán flexibles, porosas y dispuestas para el libre mercado y la libre circulación. Pero si el énfasis se pone en tratados de libre comercio bilaterales, se debilita la integración, rige el unilateralismo y la seguridad es la preocupación fundamental, las fronteras tenderán a ser muros de contención, elementos de construcción del Estado-nación, campos de batalla, concentraciones de pobreza y migración ilegal, líneas de división de políticas excluyentes entre sí según los dictados de las capitales, sitios de contrabando.

LAS EVOLUCIONES FRONTERIZAS

En los últimos años, las fronteras de las Américas han evolucionado dramáticamente. En América del Norte, a partir del NAFTA, se han flexibilizado sólo con el propósito de obtener el libre comercio, pues hasta ahora no se pretende que el modelo se aproxime al de la UE con acuerdos políticos de libre circulación de personas, instituciones, parlamentos,

tribunales, equilibrio de regiones, etc. Centroamérica, con el tratado de libre comercio con EE.UU., sigue el mismo esquema, pero acompañado de un proceso de integración regional que también flexibiliza sus fronteras internas, teniendo como horizonte el ALCA y el plan de desarrollo de infraestructura Puebla-Panamá. En las dos regiones, las fronteras han recibido una descompresión, se han dinamizado, se han reducido las tensiones y se avanza hacia fronteras vivas e integradas.

En el MERCOSUR también se ha presentado una mejoría notable, gracias a la reducción de los antagonismos ancestrales, la integración comercial y la voluntad política invertida en el proyecto. Pero aún subsisten problemas periféricos como la Triple Frontera entre Paraguay, Brasil y Argentina por la concentración de contrabando, delincuencia y disparidades de legislaciones, y el diferendo irresoluto entre Chile y Bolivia por la aspiración de salida al mar de Bolivia, que cabalga entre la CAN y el MERCOSUR.

Con el impulso al Grupo Sudamericano y su pretensión de cubrir todo el subcontinente como contrapeso al mercado del Norte y Centroamérica, uniendo a la CAN y al MERCOSUR y acercándolos a Europa, se han escenificado las diferencias que aún subsisten y se profundizan entre los países de la Región Andina. En esta, cada país aparece con un proyecto nacional propio, una política externa diferente y unas necesidades internas políticas y económicas específicas. Todos los países muestran dificultades para ingresar a la globalización, inestabilidad política, crecimiento de la pobreza y desigualdad, movimientos sociales contestatarios y complejas relaciones con EE.UU., que también intenta tener un papel protagónico en la región. Por ello, sus fronteras parecen todavía caracterizadas por la construcción del Estado-nación mucho más que por la inserción en la globalización. Aún subsisten diferendos interestatales entre Colombia y Venezuela, Colombia y Nicaragua, y Venezuela y Guayana.

Sobre las fronteras de Colombia, puede efectuarse el siguiente esquema.

COLOMBIA-VENEZUELA

Se encuentran en confrontación ascendente. La situación de la extensa frontera colombo-venezolana sufre un escalonamiento del conflicto tradicional que se centraba en el Golfo de Coquivacoa, pero que ahora cubre toda la línea fronteriza debido a la irrupción de nuevos factores. Existe una amplia disparidad política entre los regímenes que suscita sospechas y resquemores tanto en el manejo de lo interno como de lo binacional, lo internacional en general y las relaciones con EE.UU. El choque se evidencia en las restricciones al comercio, el tratamiento al narcotráfico, las posiciones respecto de la subversión, el derramamien-

to del conflicto colombiano, la migración, el armamento oficial, las incursiones de grupos colombianos armados, la introducción de instructores y armas, el precio de la gasolina y la cantidad de incidentes diarios a lo largo de la frontera.

COLOMBIA-ECUADOR: EL REACOMODO

Durante décadas, esta frontera tuvo un desarrollo sin altisonancias, natural y fluido, sólo suspendido por las pugnas entre transportistas y pequeños incidentes. Pero el crecimiento de los cultivos de coca y la concentración de grupos armados colombianos en la frontera, las explotaciones petroleras paralelas a la frontera, la migración colombiana hacia Ecuador, la introducción de la criminalidad, el crecimiento del comercio de inductores y armas y la dolarización han *calentado* la frontera. Existe un acomodo notable por lo alto, a nivel de gobiernos en Bogotá y Quito, pero subsisten múltiples problemas por lo bajo. Hay una fuerte movilización empresarial, comercial y política de colombianos hacia Ecuador, que ha incrementado la presencia colombiana pero no se ha visto compensada por la llegada de ecuatorianos a Colombia. Las exportaciones colombianas han aumentado considerablemente. No obstante, para muchos ecuatorianos, la imagen de los colombianos no es la mejor, entre otros aspectos, por la arremetida de la delincuencia por parte de colombianos en el vecino país. La debilidad política del gobierno ecuatoriano, la presencia estadounidense en la Base de Manta, el litigio por proteger a Ecuador de las fumigaciones de cultivos de coca y el comercio de inductores y armas han sido motivo de permanentes y fuentes querellas. En términos generales, el reacomodo de las relaciones ha sido exitoso y no se debilitaron.

COLOMBIA-PERÚ: LA FRONTERA CONGELADA

Siendo una frontera bastante inasequible, no parece tener hoy mayores problemas. Después de los escándalos de venta de armas de Vladimiro Montesinos a las FARC, no se detectan motivos de diferencia en esta zona.

COLOMBIA-BRASIL: HACIA LA COOPERACIÓN

El interés de Brasil en la Amazonía y la construcción del Grupo Sudamericano han lanzado la red política sobre esta frontera, al igual que la militar y policial, por el aumento del paso de droga hacia los mercados brasileños. Tras años de queja colombiana por la inactividad de Brasil en la frontera, se ha pasado a una acción preactiva de ambos países, que busca implementar un fuerte control de la zona. La poca población, el comercio rudimentario y las dificultades físicas de la frontera cooperan para mantenerla fuera de la expansión del conflicto colombiano. Pese al impulso

que busca Brasil en los intercambios comerciales, políticos y culturales, todavía es mucho lo que falta de acercamiento por el lado colombiano, de confianza entre empresarios e inversionistas y de limar diferencias en la política exterior colombiana, demasiado cercana a EE.UU.

COLOMBIA-PANAMÁ: ALTA TENSIÓN

Las especiales condiciones de esta frontera hacen de ella el más intenso desafío fronterizo: la situación de enfrentamiento armado en el Chocó y el Urabá antioqueño; la salida de drogas ilícitas al mar Caribe y el Pacífico; la introducción de armas de Centroamérica y el mercado mundial; el desplazamiento de colombianos hacia Panamá; la debilidad militar de este último y el interés de EE.UU; la seguridad de la zona circundante al Canal; la destrucción ecológica; el paso hacia Centroamérica y los mercados del Norte; y los planes de construcción de carreteras en el Tapón del Darién.

Las implicaciones geoestratégicas, económicas, políticas y humanas de la relación con Panamá no han sido suficientemente sopesadas, ni tampoco fueron reducidos los conflictos en la zona, de modo que podrían exacerbarse y afectar aún más a la población residente en ella.

Y LA CIUDADANÍA...

Si en alguna parte hoy resulta difícil construir ciudadanía, es en las regiones limítrofes. Ni siquiera se percibe claramente si es posible construirla dentro de un Estado, entre dos estados, en integración o en la globalización. En el primer caso, sería en el intento de refundación del Estado-nación del gobierno de Uribe; en el segundo, en un esquema como el que antecedió a la Comunidad Andina; en el tercero, en una Comunidad Andina actuante y eficaz; y en el cuarto, en el modelo de globalización. Pero todos estos planos se encuentran entremezclados, pugnando entre sí como *carros chocones* en su pista, debilitando más que levantando una ciudadanía.

La construcción de ciudadanía requiere de la garantía de los derechos humanos y ciudadanos por parte del Estado democrático. Aún tenemos muchas falencias en cuanto a la implantación de la democracia real –no sólo de mecanismos formales–, económica y participativa, pese a las declaraciones y formulaciones constitucionales. La ausencia del Estado de Derecho en las fronteras resulta más notoria que en el interior del país. La presencia internacional en las fronteras es un factor clave que debe ser conducido por el Estado para conseguir equilibrio, desarrollo y bienestar, tanto en las relaciones binacionales como en las inversiones multinacionales y la resolución de los conflictos de la agenda internacional. En estas zonas, es necesario fomentar una ciudadanía que no sólo contribuya al dominio del territorio sino a

su integración al resto del país, a su conservación ecológica y sostenibilidad. Es urgente promover una recuperación civil del territorio, de tal manera que sea el Estado el que tenga la hegemonía de las armas, del tributo, de la justicia y la cultura.

Es perentorio apagar la *caldera del diablo* para no acabar de desintegrar la nación y redimirla del desplazamiento, la transnacionalización salvaje, la catástrofe medioambiental, el narcotráfico, las armas, la pérdida de las culturas ancestrales, la pobreza y la inequidad. Lograrlo sería construir la ciudadanía.

CONCLUSIÓN

Dentro de la difícil situación de Colombia –único país que mantiene un conflicto armado en el hemisferio occidental, entremezclado con el poco envidiable récord de ser el primer productor mundial de cocaína–, las zonas fronterizas llevan la peor parte. Se han convertido tanto en las regiones de mayor producción del alcaloide como en las de mayor acción por parte de los grupos subversivos y paramilitares. La presencia estatal, entonces, adquiere primordialmente un carácter militar y de lucha contra el narcotráfico que degrada sus indicadores socioeconómicos, sociales y políticos. Simultáneamente, en los países vecinos se han implantado regímenes que no comparten varios aspectos de la política exterior colombiana y temen, por ende, el traspaso de los conflictos armados internos colombianos o bien sufren las consecuencias; estas se deben, entre cuestiones otras, a la ampliación del narcotráfico, los encuentros armados en las fronteras, la migración obligada o voluntaria de colombianos, las disparidades monetarias y los mismos compromisos colombianos con la política estadounidense.

La globalización sorprendió a los países andinos sin concluir la etapa de construcción del Estado-nación y, por tanto, son países extremadamente débiles para iniciar su deconstrucción. El paso de un modelo de desarrollo de crecimiento hacia el interior a uno de libre competencia debilitó el esquema de integración de la CAN, que no sirvió como punta de lanza para buscar la inserción del grupo en la globalización, y obligó a los países a buscar otros caminos y otras políticas exteriores. De nuevo, la internacionalización no ayudó en el rescate de las zonas fronterizas, sino que exacerbó los conflictos tradicionales y añadió los propios de la agenda internacional, la globalización y los cambios de alianzas.

Este traumático proceso redundo no sólo en una escalada del conflicto militar, sino en una pérdida de capital social y la imposibilidad de proveer hacia un fortalecimiento de la ciudadanía, base de un Estado democrático.

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Zygmunt 2006 *Modernidad líquida* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Beck, Ulrich 1998 *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad* (Barcelona: Paidós).
- Sánchez Segura, Javier y Cancino Cadena, Arturo 2004 “Integración andina y fronteras en la perspectiva del ALCA” en Ahumada, Consuelo y Angarita, Telma (eds.) *Conflicto y fronteras en la región andina* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana).